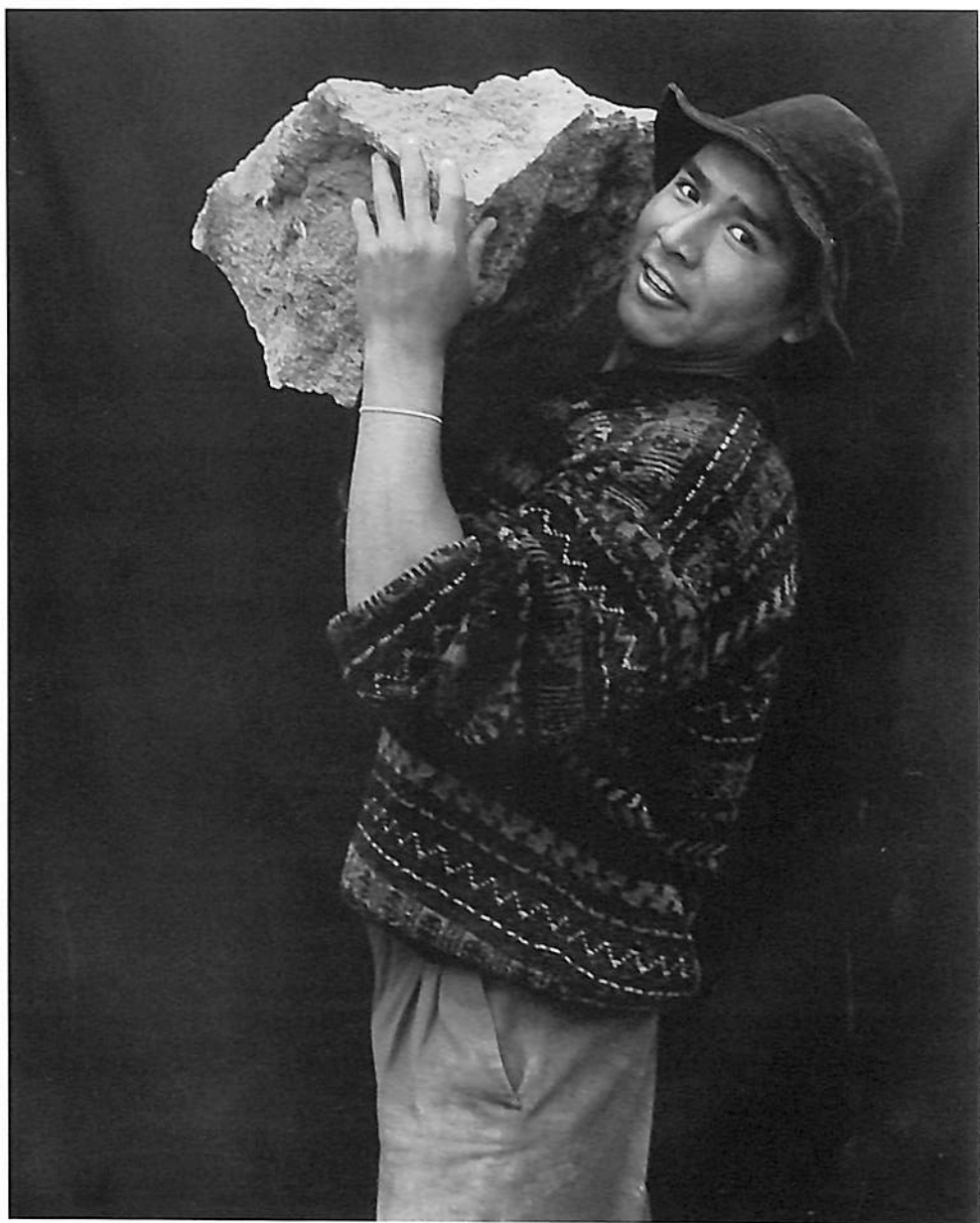




JORGE ORTEGA, *Salvador*.



JORGE ORTEGA, *Herramienta.*

LA COLMENA

LA ABEJA EN

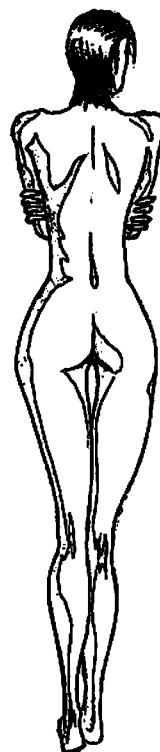
DELFINA CAREAGA

Teatro Hidalgo

HOY ES DOMINGO, ¡domingo! Y saltaste de la cama.

Niña, abrígate. Vístete ya, no andes descalza. ¡Bajen a desayunar!... El baño blanco con su tina antigua al final del pasillo; bañerita cóncava en donde tu abuela te baña —todavía a los ocho años— los miércoles y los sábados. Pero hoy es domingo y te parece que ya no tienes que hacer tanto esfuerzo para alcanzar a verte en el espejo del botiquín.

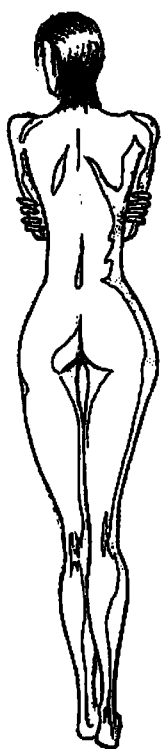
“Pasó con su madre, qué rara belleza”, la poesía en voz de tu tía Elisa llena la mañana de ventanas abiertas y aseo y cambio de ropa de cama y radio en la estación de música clásica. “Pasó con su madre”, mientras con su plumerito sacude los muebles antiguos; y eres tú la que pasas delante de ella y te sientas en ese tocador grande de luna grande junto a la ventana abierta que permite a tu amigo el árbol espiarte ahora que no tienes fijos los ojos en él; y te ves dominguera, porque, señores y señoras, hoy es domingo, día en que toda la familia va a ver la función del Teatro Hidalgo. Y te ríes mostrando al espejo tus dientes con pequeños colmillos afilados. “¡Estás loca cual cabra montesa!”, canta otra vez la voz de tu tía Elisa. Te acercas más al espejo y ves al tiempo regresarse apresurado hasta aquella mañana de sol y descubrir el comedorcito oscuro de la casa de Balderas. Entonces —ya es mediodía— la atmósfera se pinta de gris para anunciar la tristeza cansada de tu tío Tito. Pero de repente se vuelve



azul con la alegría vaporosa de tu prima Licha; y luego roja gracias a las eternas intrigas de la tía Julia; después toma el tinte del verde-tierno del tío Agustín y, por fin "¡Niña, ya llegó Teté!", y vuelas escaleras abajo para recibir a tu prima, la cómplice.

En el comedor, tus abuelos, tú misma junto a tíos y primos se encuentran ya sentados y dispuestos a representar los papeles asignados para ese extraordinario día de la semana. Las sonrisas, los movimientos, las miradas, las palabras y los chistes, las malas y las buenas intenciones mal acomodadas dentro de la plática, todo se reproduce una vez más con orden y concierto. Una ansiedad alegre flota en el aire porque al término de la comida la familia entera se subirá a Lázaro, el ford 38, el que después de diez años de olvido en la cochera resucitó con la sola consigna de llevarlos al Teatro Hidalgo las tardes de los domingos. Lázaro tiene un color indefinible y huele a herramientas, al perfume vanidoso de tu abuela y a ese sudor que el abuelo transpira debajo de su sombrero de fieltro. Tito arrastra su murria y ocupa el lugar del que conduce; trata de guardar la calma ante los comentarios que lo sobrevuelan como mosquitos hambrientos. De pronto, el silencio: Tito mete la llave en el switch. Expectación. Tito baja con el cran en la mano. Bocas infantiles entreabiertas. Una vuelta... y nada. ¿Algún suspiro?... Bummmm... bummmm...bummmm... ¡El auto ya está en marcha! Gran algarabía (Avenida Juárez). Y te aseguro, dice Teté, que los regalos de los Reyes los vi desde antes en el ropero de mi mamá (la Alameda Central)... Y tú añades: te digo que debemos juntarnos a las doce de la noche en punto y entrar en el sótano de la casa para ver (San Juan de Letrán) qué es lo que no quieren que veamos (Tacuba), porque seguramente "los grandes" ahí tienen a un pobre hombre encadenado sudando sangre por una corona de espinas encajada en la cabeza. Los ojos de Teté se han abierto como platos extendidos. ¡¿N' hombre?!

No sé si te acuerdas, pero el Teatro Hidalgo —que ya no existe desde hace un montón de años— estaba en las calles de Mesones. Ustedes se detenían en la esquina, frente a una dulcería de varios hermanos chinos exactamente iguales, en donde Elisa, la tía Licha, la Iay, Lichita, deberías pensar en casarte, mira que nosotros tus padres no te vamos a durar



eternamente...! en fin, la tía Li, compraba para todos chocolates con grageas de colores, en tanto tú y tus primas señalaban con el dedo aquella multiplicidad de dulces haciendo muecas de glotonería desproporcionada, en un juego repetido domingo a domingo como un bobo rito dominical. Las tías platicaban sus cosas y Tito y Agustín se alejaban en el coche buscando un lugar donde estacionarlo.

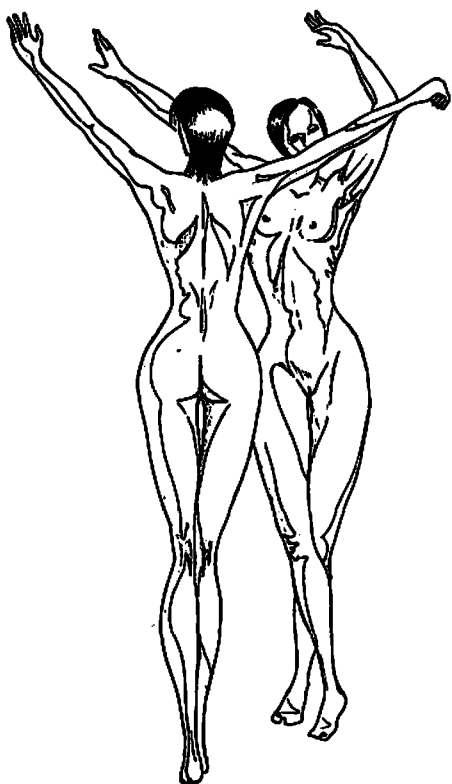
A la entrada del teatro te invadía una sensación mezcla de muchas y en la que predominaba una especie de respeto que contrastaba con la repugnancia de aquella calle vieja, sucia, llena de cantinas y cabaretuchos.

—Los boletos, Ernesto, ¡te los di en la casa! Búscalos en las bolsas de tu chaleco —decía el sombrero de la abuela, ladeado por la premura.

—Pero, hombre... Si yo nunca pierdo nada —replicaba la mano temblorosa mientras tentaleaba todos los bolsillos.

Tus ojos abiertos como si no conocieran el lugar, descubriendo cada semana el interior pobre de butacas de madera. ¿Qué es lo que huele tan fuerte? Desinfectante, niña, anda, apúrate.

Las acomodadoras eran mujeres mayores, inusitadamente parecidas



unas a otras; se peinaban con un molotito atrás del cuello y lucían uniformes azul-claro y botines de charol. Una de ellas, de lentes, fue la misma que siempre los condujo a sus lugares de luneta. El abuelo se dejaba caer en el asiento como pudo hacerlo un animal prehistórico estremeciendo la tierra; colocaba su inseparable bastón entre las piernas y miraba el escenario como si ya hubiese empezado la función.

—Mi abuelo tiene las nalgas blancas blancas —le informabas a Teté—; se las vi la otra noche cuando se bajó de la cama.

—¡¿N´hombre?!...

La abuela sacaba despacio de su bolsa los anteojos para comenzar el ritual de su limpieza el cual duraba hasta el último momento en que,

apagadas las luces y con la misma calma, por fin se los colocaba. Mientras, la sonrisa cálida de la tía Li repartía las bolsitas de chocolate con grajeas.

Por fin salían los músicos. Apenas unos aplausos. Después, entraba el director de la orquesta y se repetía el cansancio de los aplausos.

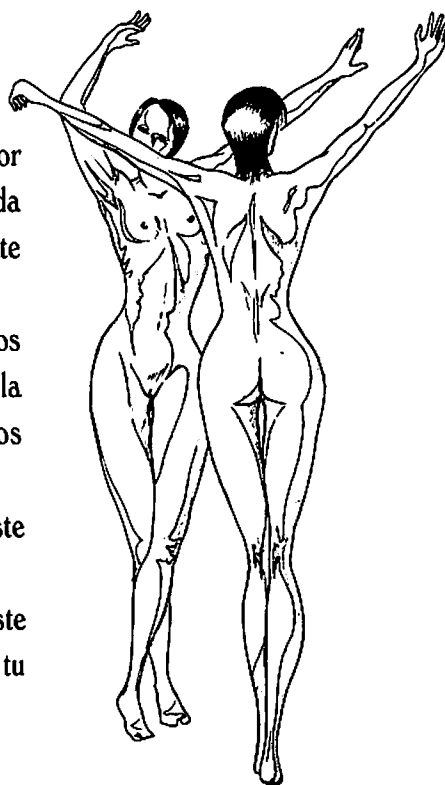
—Te digo, Teté, este señor no encaja en este teatro, ni con estos músicos...

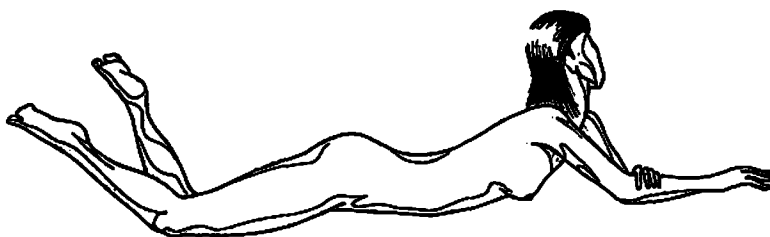
—¡Ay, nanita!, no encaja ni siquiera en este mundo. ¡Ha de estar muerto! —te respondía tu prima.

—¡Híjole, qué miedo!...

Altísimo, delgadísimo aunque de huesos muy anchos, calvo y sumamente blanco, de modales refinados, caminaba el director hacia el podium casi sin tocar el suelo. Su sonrisa tímida parecía disculparse con el público por no ser una persona común y corriente. Y ahora alza los brazos y... ¡nos da la bendición! Y tú y ella se tapan la boca aplastando la risa. ¡Schhhh, niñas! ¡Silencio, que empieza la función!

La obertura de la opereta o zarzuela era el medio que tú utilizabas para el despegue de tus ensueños; en ellos se sucedían como cuentas de rosario, los amores con cirqueros extraordinarios y los viajes no menos alucinantes a que te conducían aquellos hombres de arco iris, los cuales, sin excepción, estaban prestos a morir para salvarte de cualquier peligro. En ese lapso pequeño rompías el tiempo y te echabas a volar la vida a pleno sol, hundías tus humedades en misteriosas selvas, trastocabas desiertos en el edén perdido, pintabas tu nombre en las flores de junio, lo imprimías en las frentes de hadas que miraban con lentitud, con suavidad de aleteo, con roce de nube... Y hadas y amantes y selvas y desiertos, ninguno, nadie osaba juzgar la ligereza de tu aire, ni tus errores de escuela, ni tu locura fresca de felicidad. Ya no tendrías que buscar el cariño en medio de toda tu negrura. Ya no tendrías que bloquearte al contacto, a las ternuras, esperando que alguna vez alguien te quisiera; porque en tus





sueños todas las cosas vivientes estaban predestinadas para alejarte de los búhos y de las sombras, para extender sus manos sobre tu pelo oscuro en aquella caricia por la que hubieras dado la vida; y no temían tocarte, ni sentir tus venas, ni las flechas trucas de tu pensamiento, ni tu corazón extenso que se te salía de pronto.

La compañía de actores del Teatro Hidalgo era insospechadamente pobre; contaba apenas con una veintena de personas. Las tiples, antiguas prostitutas, ahora desechadas, eran gordas, con el pelo pintado de amarillo y voces impresionantemente chillonas. Se movían sin parar entre los decorados —tres o cuatro a lo sumo— que producían en el espectador asiduo un verdadero suspenso: los árboles escénicos por lo general se caían en el momento más inoportuno; una casa de cartón, orgullosa de su enorme puerta simuladora de madera labrada, se trababa cuando resultaba imprescindible abrirla... Tu vocabulario limitado no conocía la palabra exacta para designar todo lo que sentías en esas funciones, el motivo de que aquellas tiples te produjeran un estallido de risa mezclado con envidia. En los años venideros tuviste que conocer el dolor de vivir para comprenderlo: tu envidia se debía a que ellas, compañeras de todas las miserias de la existencia humana, habían logrado recuperar sus voces infantiles en aquel viejo escenario, lo cual era, sin duda, el más grande privilegio al poder regresar, limpias de memoria, a la representación del primer juego. La música pegajosa de las zarzuelas con sus dúos cursis e inocentes te llenaban de nostalgia de todo aquello que desconocías.

Después, con los años, la nostalgia tuvo razones conocidas y concretas. Como el lado oscuro de esas tardes, cuando tu existencia se detenía entre la infinidad de domingos y una mujer señalaba tu lugar en una butaca de luneta, poco a poco se fue asentando, tajante y omnipresente la melancolía de tu propia e inútil representación en el teatro del mundo, pero no en

aquel teatro luminoso donde sumergías el alma de tus ocho años, sino en éste, estrecho, impuesto, injusto y cruel, en donde jamás pudiste aprender el papel que se te impuso.

Y hubo una ocasión en que no bastaron todos los actos y actitudes que durante tanto tiempo se designaron para representar esas mañanas, porque aquel domingo fue diferente... y definitivo.

Era otoño y llovía. Pam pam pam paam. ¡Qué bueno que Lichita ya llegó de misa! ¡A comer todos! Y la abuela abrió la puerta. Entró la dulce tía Li con su pelo enmielado por la lluvia, pero antes de cerrar, en el marco de la puerta, miramos el rotundo y mojado rostro de Elenita Blasco. Elenita Blasco era:

—La que se volvió loca porque nunca se casó —decía el abuelo.

—La que siempre fue una señorita decente —determinaba la abuela.

—Un bondadoso ser humano —declaraba sonriendo la tía Li.

El caso es que Elenita, que solía visitar la casa alguna vez entre semana, llegó aquel domingo sin previo aviso. La abuela la recibió un poco turbada, pero ella sabía cómo comportarse con las personas “tan mayores”, así es que la invitó a pasar al comedor con toda la familia.

La mesa larga soportaba bien el alboroto de las bocas y el peso de la vajilla. Los “grandes” no cesaban de hablar entre miradas enérgicas que, de vez en vez, les lanzaban a los niños.

A Elenita la sentaron frente a ti. Ella sonreía todo el tiempo. Ese mediodía tu abuela cubrió la mesa con un mantel blanco empapado en flores de Nochebuena, flores bordadas por ella misma con un punto de cruz muy devoto.

Empezaron a comer y no sucedió nada. Se hablaba por los codos pero sin dirigirse especialmente a Elena Blasco. Cuando sirvieron la carne, una de tus tías se volvió hacia la invitada para preguntarle si ya se estaba recuperando de la muerte de su hermana gemela.

Como un conjuro la familia se quedó callada. No era ningún secreto que aquella hermana vivió unida a Elenita durante más de setenta años. Cuando murió, hacía unos meses, a ti te pareció que nada había cambiado: las dos eran tan iguales que jamás sentiste la desaparición de una. Ni siquiera te acordabas cómo se llamó la otra, porque a las dos siempre les

dijiste Elenitas. Me imagino que no habrás olvidado los susurros que este suceso provocó. Elena levantó la mirada de su plato y se le quedó viendo a quien le había hecho la pregunta. Luego contestó serenamente:

—Mi hermana siente mucho no haber venido, pero tuvo que atender un asunto inaplazable.

De inmediato miró a tu tía Li y le guiñó un ojo, y por quién sabe cuales razones, tú te sentiste feliz como si te incluyeran en la complicidad de quién sabe qué diablura. Luego, Elena tomó los cubiertos y se inclinó para partir la carne. En ese instante tu familia retomó la palabra, y pronto pareció que tan sólo imaginaron la respuesta absurda de su amiga.

Pero a los pocos segundos y mientras los demás conversaban, tú te quedaste de una pieza al ver que Elenita dirigía ahora los cubiertos, con gran lentitud, hacia la flor roja bordada del mantel que se asentaba bajo el plato, para luego tratar de cortarle un pedacito y llevárselo a la boca.

Es muy posible que alguien advirtiera tu asombro y le siguiese la pista hasta dar con lo que hacía Elenita. El caso es que en pocos segundos todos veían —con los ojos colmados por un antiguo espanto—, cómo ella parecía engullir las hojas de la flor bordada.

Una de las primas más chiquitas, rio y se tapó la boca. La abuela, en la fiel representación del Dios de los ejércitos, con un dedo le señaló la puerta y la expulsó del paraíso, sin dejarla terminar el postre.

Esto originó que los susurros ya no cupieran en el silencio traicionado y estallaron con el primer comentario abierto de tu abuela, quien, dada su enorme inteligencia, ya había presentido que las palabras no podrían aterrizar en el cerebro ausente de Elenita.

—Es natural que una persona ingenua y sencilla como ella, se haya trastornado al primer impacto de la vida —dijo como el conferencista que termina una exposición de anatomía.

—Pobre —respondió mi abuelo y siguió comiendo.

—Si se hubiera casado... —añadió suspirando la prima mayor de dieciséis años.

—Y hubiera tenido hijos... —continuó un tío solterón.

—En fin —resumió la abuela viendo a Elenita que casi terminaba su flor de Nochebuena—, de una o de otra manera tendrá que superar la soledad en que la dejaron.





—¿Por qué la soledad? —dijiste tú dando la nota como siempre. Yo creo que su hermana sólo se ha instalado dentro de ella y que las dos, por fin, corrigieron el error de vivir separadas.

Tu abuelo levantó la mirada por encima de los anteojos.

—¿Qué ha dicho esta niña?

—No le hagas caso —intervino la abuela. Ya ves que nunca la entendemos.

—Pobre —masculló el abuelo antes de poner sus labios sobre el vaso de agua de tamarindo.

—Abuela —dijiste entonces— de cualquier forma ¿dejarás que Elenita venga al teatro con nosotros?

Elena Blasco alzó la cara sonriente y aseguró que estaría complacida en acompañarlos. Y la abuela no tuvo más remedio que acceder, y levantando las cejas, bajó la vista.

El Teatro Hidalgo era un edificio abstraído en sus recuerdos. Ni siquiera se daba cuenta de que el tiempo había agrietado sus paredes y que tres de sus más atractivos balcones se encontraban chuecos por el reuma. Él seguía viviendo sus mejores años como si la última compañía afamada que pisara su escenario, lo hubiera encantado por cien años con el éxito.

Al pisar los mosaicos de su entrada, a ti te invadía una especie de ternura muy similar a la que sentiste por aquel conjunto de huesos verde oscuro del dinosaurio ése, el del Museo de Historia, al cual visitabas como a un novio secreto cuando te escapabas del colegio.

Antes de empezar la función te entretenías comiendo los chocolates con grageas en tanto mirabas al señor de la platea de la derecha: un hombre serio y bien vestido que cambiaba binoculares cada domingo, los mismos que no le servían para ver a los artistas, sino para admirar el destartelado techo rococó del teatro. Al parecer esto le proporcionaba un enorme placer, a tal grado que, cuando las luces eran apagadas, el señor hacía un gesto de disgusto, se ponía su capa y se marchaba.

En esa ocasión Elenita fue sentada entre el bastón del abuelo y tú. Ella estaba muy alegre y movía sus pies constantemente como si en ellos se hubiera acumulado el agradecimiento al paseo.

No tuvieron tiempo para conversar porque pronto apareció como un fantasma el blanco director de orquesta. Te inclinaste para mirar significativamente a tu prima Teté quien hizo un supuesto gesto de miedo.



Se abrió el telón y salieron las coristas. De repente, Elenita dejó de mover los pies. Tú no le hiciste caso porque en ese instante hacía su presencia la dama joven de la compañía: una muchacha de unos cincuenta años, que por haber conservado apenas la cintura y algunos programas rotos de glorias pasadas, era merecedora del mejor papel en aquel grupo.

Cinco minutos después Elena te daba un ligero codazo.

—Estate quieta, Elenita —le murmuraste enojada.

—Oye —susurró ella, como si no te hubiera oído. Me están jalando de los hilos. —El terror le opacó la voz. Te digo que me están tirando de los hilos. A ver si tú puedes hacer algo...

Una alarma sin nombre te estremeció el cerebro. Los demás no habían escuchado nada y tú estuviste a punto de pedir auxilio a la abuela, quien, a tu derecha, se encontraba absorta.

—¿Te sientes mal? —le dijiste, temblando.

—Sí... Y ni siquiera he hecho el plano donde vamos en los sueños...
Figúrate, yo...

Se volvió hacia ti y te puso una mano sobre el hombro. El tono del susurro era angustioso, como si le estuvieran pisando la cola a su garganta.

Y luego, en un esfuerzo de cadenas, añadió la pobre:

—¡Sujétame los hilos, pronto...!

La soprano terminaba y el director blanco alzó los brazos sosteniendo la última nota moribunda; Elena ya no dijo más sino que se fue inclinando más y más hacia el bastón de tu abuelo, como si quisiera indagar el origen de la madera. Mientras, su mano resbalaba por tu hombro en la más misteriosa de las caricias.

Tú la sentiste hundirse suavemente en algún agujero ciego, pero no pudiste arrancar tus ojos del director que, con los brazos en alto, alargaba y alargaba aquel sonido agónico.

Al fin todo resquicio de música desapareció para dar inicio al grito agudo de la abuela, en un exhibicionista remplazo de la cantante. Después, una tía te tomó de la mano y te sacó de la sala que hervía en una efervescencia de corazones asustados.

Al salir del teatro una ambulancia se detuvo para ahogar a su sirena.

—¿Qué le pasó a Carmelita? —preguntaste con el temblor de un animal que presiente la sequía.

—Nada, nada —te contestó tu tía. Sólo es que el domingo se ha acabado.





Pasaron tres meses. Los mayores habían olvidado. Tus primas también. Hubo, una vez más, otro domingo y deseaste que las cosas volvieran a ser iguales. No recuerdas qué zarzuela pusieron esa tarde. Sólo sabes que regresaste a la casa justo a tiempo para no vomitar en Lázaró. Nunca jamás regresaste al Teatro Hidalgo. No fueron suficientes los ruegos ni las amenazas. No volviste más a las funciones de zarzuela. A partir de entonces, como una vieja araña, fuiste fabricando, con una voluntad de hierro, el hilo transparente que preservó tu soledad, y no permitiste a nadie que lo rozara siquiera... mientras obsesivamente te dedicabas a imaginar el misterioso sabor de las flores bordadas de Nochebuena.

Y de todo esto, hoy, el sentimiento clave sigue siendo la muerte, la de Elenita y la de tu esperanza, porque, de tanto remar la vida en un lago nunca tuyo, estás aquí con tus derrotas, tus duelos, tus fracasos y contigo; acomodas tu ser en su propio camino y aceptas y asimilas y te resignas y sobre todo sientes que es una pena enorme que los tuyos no te hayan querido nunca.



Ahora que, por misteriosas razones he escrito esto y he vuelto a vivir aquella infancia prodigiosa y a la vez tan solitaria, siento que me he cansado del amor a la palabra, de su encanto, de lo que esconde. Me desgasta su enamoramiento, su bien elaborada enredadera; sus hojas son peldaños de ornato que tapan, tapan la voz cruda y descarnada del pensamiento. ¿Por qué no abrir la mente, los labios, las manos, incluso la piel hacia lo simple? ¿Sería tan sencillo sentarse en cualquier camino y cortar una rosa y escribir en el polvo con un muñón de hierba su textura de pétalo y espina con el lenguaje llano que aún pertenece a la Naturaleza...!

Me he cansado también de muchas otras cosas como las que viven en el texto anterior. No se puede esperar lo inexistente, ni que las piedras sientan o el plomo invente oleajes. Dejar ser y permitirse ser en toda la extensión de su contexto, fluir las manos, los besos, las caricias, la vida entera, sin la maldición del barroco que empenumbra el sentir, la conducta y muchas veces la idea. El acto de escribir tal vez sea una suerte que compromete y descarna; el arte de vivir no se describe, es otra cosa y casi siempre aprieta el corazón hasta su centro. Resolver el ayer sería la gran hazaña al tamizar sus humos y echarlos a volar como gaviotas. LC